



VOLTAIRE

NÚM. XXX

VOLTAIRE.

(1694-1778.)

No se puede alabar á Voltaire sin cierta reserva, y como de mala gana. La admiracion desenfrenada que muchos le profesan, es señal infalible de alma corrompida. No nos hagamos ilusiones; si alguno, recorriendo nuestras bibliotecas, se siente atraído hácia las obras del patriarca de Ferney, Dios no le ama. Ha provocado la burla á menudo la autoridad eclesiástica que condenaba los libros *in odium auctoris*; sin embargo, nada mas justo que negar los honores del ingenio al que de él abusa. Si esta ley se observase, pronto desaparecerian los libros venenosos; pero, ya que no depende de nosotros promulgarla, guardémonos á lo menos del exceso, mucho mas reprehensible de lo que se cree, de exaltar desmedidamente á los escritores criminales, y en especial á este. Él mismo, sin advertirlo, pronunció su sentencia, cuando escribió: *El talento corrompido no será nunca sublime*. Palabras de gran verdad; y por eso Voltaire á pesar de los cien tomos que componen sus obras, no consiguió ser mas que agradable. Exceptuó las tragedias que, por su indole particular, le obligaban á expresar sentimientos nobles, ajenos á su carácter; pero, aun en la escena, su triunfo no fascina á ojos ejercitados. En sus mejores dramas se parece á sus dos grandes rivales, como un hábil hipócrita á un santo; sin que se entienda por esto que trato de negar su mérito dramático. Cuando Voltaire habla en su propio nombre no es mas que agradable; nada le exalta, ni aun la batalla de Fontenoy. Esta calificación de agradable, que otros le dan, debe considerarse en mí como una censura. Por lo demas, rechazo la exageracion que le llama universal, pues que tantas excepciones veo de semejante universalidad. En la oda es nulo; y no podia ménos de serlo, pues la impiedad habia extinguido en él la divina llama del entusiasmo. Es igualmente nulo y hasta ridículo en el drama lírico; pues su oído era insensible á las bellezas armónicas, lo mismo que sus ojos á las bellezas artísticas. En los géneros que mas análogos parecen á su talento natural, se arras-

tra, por lo cual es mediano, frío, y á menudo (¡quién lo creeria!) pesado y grosero en la comedia, porque el malo no es nunca cómico. La propia razon le impidió hacer un epigrama, necesitando cien versos por lo ménos para desahogar su bilis; si intenta escribir una sátira, escribe en su lugar un libelo; en la historia es insoportable, á pesar de su arte, de la elegancia y de las gracias de su estilo, pues que ninguna cualidad puede suplir las que le faltan, y que son la vida de la historia, á saber, la gravedad, la buena fe y la dignidad. En cuanto á su poema, no tengo derecho á hablar de él, porque para juzgar un libro se necesita haberlo leído, y para leerlo es preciso estar despierto. Una monotonía soporífera reina en la mayor parte de sus escritos, los cuales no tienen mas que dos asuntos, la Biblia y sus enemigos; la blasfemia ó el insulto. Su chiste tan celebrado merece reprobarse; pues la risa que excita no es legítima, es una mueca. ¿No habéis observado que el anatema divino estaba impreso en su rostro? Aun es fácil verlo despues de tantos años. Id y observad su semblante en el palacio del *Ermitage*, que yo no miro jamas sin congratularme de que no nos haya sido trasmitido por algun buril émulo de los Griegos, el cual hubiera quizá esparcido por sus facciones cierta belleza ideal. Todo aquí es naturaleza; se nota la misma verdad que en una máscara tomada del cadáver; aquella frente abyecta que el pudor no coloreó jamas; aquellos dos cráteres apagados que parecen aun vomitar lujuria é ira; aquella boca, — quizá digo mal, pero no es culpa mia, — aquel *riktus* espantoso que llega de una á otra oreja; aquellos labios contraídos por la cruel malicia, como un resorte pronto á saltar para lanzar la blasfemia ó el sarcasmo. No me habléis de este hombre. ¡Ah! ¡cuánto mal nos ha hecho! semejante á aquel insecto devastador de los jardines, que solo muerde la raíz de las plantas mas preciosas, Voltaire no cesa de morder las dos raíces de la sociedad, los jóvenes y las mujeres; y empapándolos en su

veneno, trasmite este de una á otra generacion. En vano para velar increíbles atentados, sus estúpidos admiradores nos aturden con sonoros trozos en que habló elocuentemente de las cosas mas venerandas. Esos ciegos voluntarios no ven que de ese modo completan la condenacion del criminal escritor; si Fenelon, con la misma pluma que pintó la alegría del Eliseo, hubiese escrito el libro del *Príncipe*, sería mil veces mas vil que Maquiavelo. La gran culpa de Voltaire es el abuso del talento, y la prostitucion meditada de un genio creado para celebrar á Dios y la virtud. Ni puede como otros alegar en su defensa la edad juvenil, la imprudencia, las pasiones, la debilidad de la naturaleza humana. Nada le absuelve; su corrupcion es de un género que pertenece á él solo; está arraigada en las últimas fibras de su corazon, y robustecida por todo el vigor de su entendimiento; asociada siempre con el sacrilegio, desafia á Dios perdiendo al mismo tiempo á los hombres. Con un furor sin ejemplo, este insolente blasfemo llega á declararse personalmente enemigo del Salvador de los hombres; se atreve desde el fondo de su nulidad á darle un nombre ridiculo y llama á la adorable ley que el Hombre-Dios legó á la tierra, la *infame*. Abandonado de Dios, que castiga retirándose, no conoce ya freno. Otros cínicos hicieron asombrar la virtud. Voltaire hace asombrar al vicio; abandona su imaginacion al entusiasmo del infierno, que le presta todas sus fuerzas para arrastrarle hasta los límites del mal. Inventa prodigios y monstruos que ponen espanto. Paris le coronó, Sodoma le hubiera desterrado. Profanador descarado de la lengua universal y de sus mas ilustres nombres, el último de los hombres despues de los que le aman, ¿cómo os describiré los sentimientos que en mí excita? Cuando veo lo que podía hacer y lo que hizo, sus inimitables talentos no me inspiran mas que una especie de ira santa que no tiene nombre. Suspendido entre la admiracion y el horror, á veces quisiera mandarle levantar una estatua..... por la mano del verdugo (1). »

Este juicio de De Maistre tendria mayor peso, si no existiesen de él otros análogos sobre casi todos los hombres insignes del siglo XVIII. El rayo, hiriendo á ciegas todas las eminencias, nos muestra que no hiera al impío, sino que obedece á una ley de la naturaleza.

De Maistre, anatematizando de este modo á Voltaire, obedecía á una especie de predestinacion fatal. Era su ley combatir á toda la posteridad de Lutero, y dar el último ataque contra los muchos batallones del protestantismo y la filosofía, capaces, por su número, de cubrir el mundo. En consecuencia, sus anatemas absolutos cayeron sobre Rousseau, Diderot, D'Alembert, Locke, Condillac, lo mismo que sobre Vol-

(1) DE MAISTRE, *Soirées de Saint-Petersbourg*, IVe. entré-tien.

taire; si no retrató á Bayle, Fontenelle y otros precursores de la filosofía del siglo XVIII con colores tan negros é hijos de igual inspiracion, fué porque no queria extender el campo de discusion, llevándola hasta el siglo XVII. Pero sin duda contra estos últimos experimentaba la misma *ira santa sin nombre*: dos sin embargo, son los más atacados, cuerpo á cuerpo, cual si se tratase de un duelo, ó como si en ellos se encerrase todo el campo enemigo: Bacon y Voltaire.

Bacon y Voltaire son héroes superiores únicamente á los ojos del vulgo; lo cual no quita que sean los jefes reservados por el destino, indicados por la voz popular, que todos reconocen y obedecen hasta el día del triunfo; día seguido de anarquía, de estragos entre los vencedores, de guerras civiles, discordias eternas, naufragios, ruinas. En todos los ataques se quieren jefes que sean lo que los géometras llaman un término medio ó un medio proporcional entre el vulgo y los héroes, entre lo real y lo ideal; jefes que el vulgo comprende por hallarlos en cierto modo semejantes á él, y que puedan no obstante conversar y brillar con los héroes; capaces de hacerse adoptar por las distintas especies que comprende la variedad humana; capaces de mandar al pueblo en nombre de los héroes, y á los héroes en nombre del pueblo. Tales hombres son defectuosísimos, lo cual no les impide ser grandes.

No es justo pedir al hombre que sea lo que la naturaleza no le hizo, y condenarle por no haber tenido las cualidades propias de un cargo que la Providencia no quiso cometerle; y sin embargo, así se procede condenando á Agamemnon porque no se parece á Aquiles, ó pidiendo á Voltaire las cualidades de un profeta ó de un Cristo.

¿Cómo la grandeza, verdadera aunque parcial, puede existir con tantas imperfecciones y manchas? De Maistre no lo vió, y por eso vaciló entre dos ideas irreconciliables, la estatua ó el verdugo. Consideró á Voltaire sin atender á su época, á su mision, á su género de gloria; y ayudado por la falsa admiracion que le deslumbró largo tiempo, acepta á Voltaire, como le representaron sus idólatras, especie de pontífice de la verdad, profundo filósofo, rival de Cristo; é indignado se irrita y despedaza al ídolo, confesando estar poseído de una « ira santa que no tiene nombre. »

Esta ira se concibe ante la insensata admiracion de los que creían ver un nuevo Cristo en el hombre que ha parecido á otros *el anticristo necesario*. El mismo Voltaire puede servir de excusa, pues no comprendió la esencia filosófica del Cristianismo; y cuando se le preguntaba qué se sustituiría á esta religion, era tal su ceguedad, tan exclusivamente dedicado estaba á destruir las formas opresivas de lo pasado, que respondia: « Os he librado de una fiera que os devoraba, y me preguntáis:

« ¿qué ha de sustituirsele (1)? » Y su biógrafo Condorcet, cuando analiza su filosofía, encarece como principal mérito haber libertado al humano entendimiento de la religion de lo pasado, sin reemplazarla con nada sólido ni dogmático, y se admira tambien de que se pregunta *qué se pondrá en su lugar*. Los hombres no comprenden jamas la necesidad de la vida despues de sí y de sus obras.

Pero apartad á un lado esa mision falsa y mentirosa que los admiradores de Voltaire le atribuyeron á fines del último siglo y principios del actual, tomadle por lo que realmente es, y os convenceréis de que el anatema de De Maistre está desprovisto de caridad y de religion.

Es fácil ver, en el seno del siglo XVIII, de qué modo se formó Voltaire. No llegó, como Rousseau, al traves de mil aventuras é innumerables dificultades, á la posesion de su genio, al conocimiento de su fuerza y de su destino. Si, como es incontestable, formó su siglo, le debió tambien mucho por lo que se llama casualidad del nacimiento. Si precedió é inició la falange de pensadores revolucionarios de que luego fué jefe; preciso es convenir en que ninguno de sus rivales habia recibido ventajas mas marcadas.

Antes de apreciarle como filósofo, es menester considerarle como hombre perteneciente á su tiempo y á su país. En tal concepto, representa á todas luces el tercer estado, que se adelanta á ocupar el puesto de la nobleza, del clero, de la monarquía. Desde temprano se sintió impelido por el hervor de libertad, de ambicion y de audacia que se encontraba en la clase média, y que despues de él y gracias á él se reveló al mundo en la Revolucion de 1789. Vióse entonces claramente que Voltaire representaba á la clase média; pues la Asamblea Constituyente fué volteriana, al paso que la Convencion siguió la bandera de Rousseau.

En efecto, el desarrollo de Voltaire no fué una anomalía en su siglo. La clase média se engrandecia entonces á la sombra de las mismas ideas, preparadas de antemano, y marchaba instintivamente á idéntico fin. Voltaire nació en su seno, caminó á la par de ella, haciéndolo acelerar el paso. Le valió mucho haber nacido en medio de aquella clase média ascendente: educacion, bienes de fortuna, todo le favoreció.

Montesquieu nace en provincia, en medio de la nobleza de segunda clase, y le embarazan toda su vida las preocupaciones de toga; Diderot, educado tambien léjos de Paris, no encuentra allí mas que una existencia precaria, escaso de dinero, sin libertad propia; D'Alembert tiene que luchar con el abandono de su nacimiento; Rousseau viene desde léjos á mezclarse en el movimiento de las ideas, como

(1) Examen important.

un alud que se desprende de los Alpes; pero Voltaire nace rico, en medio de ciudadanos, y todo parece allanarle el camino. Los Jesuitas mas famosos le educan con los hijos de los nobles, y respira á un tiempo el hábito de la independencia epicúrea bajo las alas de los discípulos de Chapelle y de Chaulieu; mucho antes de ser recibido en la sociedad del Temple, el abate de Chateaufort, su padrino, y Ninon, que le hizo un legado, habian sido, por decirlo así, las hadas que enriquecieron su cuna.

Vió terminar la monarquía de Luis XIV, y contaba veinte años al principio de la Regencia. Presenció las orgías de los príncipes, de los nobles, de los eclesiásticos, de que no se repusieron la monarquía, el clero, la nobleza, sorprendiéndolas en semejante estado la Revolucion. Joven, se dejó seducir por los halagos de aquella época licenciosa. ¿Por qué no habian de darse la mano la clase média, rica y la nobleza? ¿No podía el ingenio marchar á la par con el nacimiento? Pero una injuria que recibió de un noble le despertó de aquel letargo, trazándole mas claramente su carrera. Hasta allí la gloria poética habia sido su única ambicion; aspiró á todos los géneros, pues queria ser poeta trágico de la escuela de Corneille y Racine, y poeta epicúreo de la escuela de Chaulieu. Procuró tambien dotar á Francia de una epopeya, despues de las veinte epopeyas del siglo anterior ya olvidadas; mas el sentido de su poesía no estaba aun bien deslindado. Habia unido, es cierto, ideas nuevas de tolerancia y libertad religiosa al fondo poético recibido de sus maestros; pero el carácter de su obra era vago é indeciso. Caminaba, como pensador y poeta, á la cola del siglo XVII, aunque algunos rasgos atrevidos revelaban su porvenir. La injuria que recibió entonces y sus consecuencias le abrieron los ojos, y el siglo XVIII comenzó en él.

Condorcet conoció la influencia que este suceso debia tener en su vida. « La *Henriada*, *Edipo*, *Marianne*, habian elevado á Voltaire sobre sus contemporáneos, y parecian asegurarle una brillante carrera, cuando un fatal acontecimiento vino á turbar su existencia... Á Voltaire no se le ocultó que un adversario, que disponia á su antojo de la autoridad ministerial y del poder judicial, podría arruinarle. Por lo tanto, se encerró en su retiro, desdeñando ocuparse en su venganza; ó mas bien, no quiso vengarse sino abrumando á su enemigo con el peso de su gloria, obligándole á oír repetir, en medio de las aclamaciones de toda Europa, el nombre que habia querido envilecer. Halló asilo en Inglaterra. Newton no existia ya, pero su espíritu reinaba en sus compatriotas, enseñados por él á no reconocer mas guía en el estudio de la naturaleza que el cálculo y la experiencia. Locke, que acababa de morir, habia dado por la primera vez una teoría del alma fundada en la experiencia, mostrando la senda que debe seguir en metafísica el que no quiera

extraviarse. La filosofía de Shaftesbury, comentada por Bolingbroke y hermojeada por los versos de Pope, había originado en Inglaterra un deísmo, que anunciaba una moral fundada en motivos capaces de conmover las almas elevadas sin ofender la razón.

Un *deísmo*, tal es (verdadera ó errónea) la idea capital que Inglaterra inspiró entonces á Voltaire, la luz con que de golpe le inundó en su destierro. ¡Adviértanse las palabras de la última frase de Condorcet, pues revelan la misión providencial de Voltaire; y detengámonos un poco en este deísmo inglés, que adoptó con demasiada facilidad, y que fué sin embargo origen de toda su grandeza.

El deísmo epicúreo de Shaftesbury y de Bolingbroke no es mas que el optimismo ideal de Leibnitz, algo desfigurado. Estos pensadores, discípulos de Locke, propendían naturalmente al sensualismo puro, y á rechazar toda clase de teología y metafísica; encontraron al paso las ideas de Leibnitz y se sirvieron de ellas para sustituir pura y simplemente el *reino de la naturaleza* al ideal de los teólogos, mientras que en el pensamiento de Leibnitz se conservaba el ideal, solo que se le ponía en armonía con la naturaleza.

Los *Characteristiks* del conde de Shaftesbury, amigo de Locke, aparecieron en Londres en 1711, casi al mismo tiempo que la *Teodicea* de Leibnitz, impresa en Amsterdam el año antes; pero las ideas reunidas en la *Teodicea* hacia quince años que circulaban por Europa en varias Memorias de Leibnitz insertas en los periódicos y en su controversia con Bayle. El mismo Leibnitz, en su juicio de las obras de Shaftesbury, observó con finísima ironía cuántas cosas había tomado este de él, y por su medio la escuela de Locke. Despues de exponer su dictámen añade: « Creía haber penetrado muy adentro en los sentimientos de nuestro ilustre autor; pero al llegar al tratado que titulan injustamente *Rapsodia*, advertí que no había estado sino en la antecámara, y quedé atónito al verme en el gabinete, mejor dicho, en el sagrario de la mas sublime filosofía. La marcha del discurso, el diálogo, el nuevo platonismo, la manera de argüir por interrogaciones, y sobre todo la grandeza y hermosura de las ideas, el entusiasmo luminoso, la divinidad apostrofada, me sumían en mudo éxtasis. Habiendo vuelto en mí al fin del libro, tuve campo para reflexionar. Primeramente encontré allí casi toda mi *Teodicea* (aunque con mas gracia vestida). El universo, su hermosura, la armonía universal, la desaparición del mal verdadero, especialmente con respecto al todo; la unidad de las sustancias, la grande unidad de la sustancia suprema, de la que todas las demas son solo emanaciones ó imitaciones, veíanse allí bajo el mas brillante aspecto; casi no falta mas que mi armonía pre-establecida, mi supresión de la muerte, mi reducción de la materia y de la multiplicidad á las unidades ó sustan-

cias simples. No había creído encontrar mas que una filosofía semejante á la de Locke, pero esta obra me condujo mas allá de Platon y Descartes. Si hubiese visto esta obra antes de publicar mi *Teodicea*, me habría aprovechado de ella tomando largos trozos; solo me parece digno de censura el título, por lo poco que promete, y siento que el libro no ocupe un tomo entero. »

En cuanto á Bolingbroke, que fué realmente quien formuló el deísmo epicúreo del siglo XVIII, solo veinte años despues de publicada la *Teodicea* excitó la musa de Pope, y aun diré la musa de Voltaire, á cantar el optimismo. Merece observarse que la misma relacion que existió antiguamente entre Demócrito y Epicuro se reprodujo en el siglo XVIII entre Leibnitz y Bolingbroke, considerado como jefe del epicureísmo moderno. Demócrito enseñaba la doctrina de la emanacion, como teoría general del universo, y deducia de ella cierta relacion moral: Epicuro quitó cuanto había de infinito en la doctrina de su maestro, é hizo en física la doctrina materialista de los átomos y en moral el sistema antiidealista á que se unió su nombre. Lo mismo sucedió en el siglo XVIII. Leibnitz había enseñado la doctrina de la emanacion engrandecida, perfeccionada, trasformada por la idea de un progreso continuo del mundo y de las criaturas, deduciendo de ella un optimismo religioso é ideal: Bolingbroke suprimió todo lo que había de infinito en la doctrina de Leibnitz, y resultó el deísmo epicúreo, ó mejor dicho, el epicureísmo material del siglo XVIII, seguido de cerca por el ateísmo: — punto de alta importancia en la historia de la filosofía, y no observado hasta aquí, á lo ménos que yo sepa.

Limitándonos á Voltaire, ¿quién no ve por esta sola enunciaci6n de hechos incontestables la filiacion de esa que aun se llama su filosofía? ¿Quién no ve de dónde provino su fuerza y de dónde su debilidad? Abrazó sin mucho discurrir el deísmo, que robaron á Leibnitz, Shaftesbury y Bolingbroke, pero alterado por estos y *desidealizado*, si se me permite la expresion: así fué al mismo tiempo fuerte y débil, pues no había nada mas hermoso y divino que aquella filosofía, de que los amigos y discípulos de Locke formaron un sistema para su uso particular, sistema el mas defectuoso imaginable.

Alegrárame de poder exponer con la extension debida este punto de la historia filosófica del siglo XVIII; pero no siendo ahora posible, me limito á las conclusiones siguientes:

El deísmo, que llamaremos *epicúreo* por su carácter, ó *inglés* por su origen, no es la verdadera filosofía, ni aun respecto del siglo XVIII, pero suscitó la filosofía verdadera; de aquí su fuerza relativa y su debilidad.

La filosofía es siempre progresiva, aunque su esencia, correspondiendo á la esencia infinita, sea siempre permanente. La filosofía, despues de haber reposado largo tiempo en los taberná-

culos y de haber estado expuesta al vulgo en las formas de la idolatría y la superstición, debió llegar necesariamente, pasadas la edad média y la era protestante, á cierto grado de sublimacion, digámoslo así, como un pedazo de oro que refinan muchos crisoles. Así aconteció, y la filosofía que tuvo mayor parte de verdad absoluta á fines del siglo XVII y principios del XVIII, fué la de Leibnitz.

Si se llama *deísmo* la verdadera filosofía, el deísmo de Shaftesbury, Bolingbroke, Pope y Voltaire es una herejía; de modo que ni los Católicos pueden querer abatirlo para restaurar sus creencias, ni los ateos para consolidar las suyas; tampoco los escépticos pueden apoyarse en el escépticismo de Voltaire, el cual si triunfaba de pasados errores, tomaba indirectamente su fuerza de una filosofía no escéptica sino dogmática (1).

Ateniéndonos á Voltaire, dirémos que el suelo en que cayó esta semilla de deísmo epicúreo estaba demasiado bien preparado á recibirla y desarrollarla; pero es indudable que aquella vino de otra parte, y que oyendo á Bolingbroke y leyendo los versos de Pope (2), instruyéndose en la filosofía de Locke y viendo los grandes descubrimientos que la física experimental hacía ent6nadas entre los Ingleses, Voltaire se reveló á sí mismo, se explicó sus instintos, si esta palabra es aplicable á la inteligencia, y conoció el partido que podía sacar de sus facultades. Condorcet expresó perfectamente esta importante crisis en la marcha de su héroe. « Desde aquel momento se sintió Voltaire llamado á destruir las preocupaciones de todas clases que afligian á su país, y conoció la posibilidad de lograrlo con una mezcla de audacia y de condescendencia, sabiendo ora ceder á los tiempos, ora aprovecharse de ellos y dominarlos; sirviéndose alternativamente del raciocinio y de la burla, del halago de los versos ó de los efectos del teatro; en suma, haciendo á la razón bastante sencilla para que llegara á popularizarse, bastante amable para no asustar á la frivolidad, bastante aguda para ponerse de moda. Este gran proyecto de ser, con solo las fuerzas de su genio, bienhechor de todo un pueblo, destruyendo sus errores, inflamó el alma de Voltaire, juró consagrar la vida á realizarlo, y cumplió su juramento. »

Para convencerse de que Condorcet no exagera, bastará echar una ojeada á la lista cronológica de las obras de Voltaire. Animado de un verdadero entusiasmo, no solo sintió el vigoroso impulso que le comunicó el mundo en que había penetrado, sino que creyó haber hallado

la *verdad* entre sus maestros; creyó en el deísmo; creyó en Bolingbroke, acerca del cual escribía: « El que suministró á Pope todos los principios de su *Ensayo sobre el hombre* es sin duda el mas insigne maestro de sabiduría que ha existido jamas (1). » Creyó sinceramente en la superioridad no solo de Newton sobre Descartes, sino de Locke sobre todos los metafísicos pasados, presentes y futuros. Creyó que los descubrimientos de Newton y la filosofía de Locke eran todo uno, y encontrando al mismo tiempo á Newton y á Locke en Inglaterra, quiso junta é indivisiblemente introducirlos en Francia. Sorprendido, aunque con alguna confusion, por las cosas que vió entre los Ingleses, se formó una especie de *creencia*, en la que los descubrimientos de los físicos representados por Newton, el sensualismo psicológico de Locke y el deísmo de Bolingbroke eran eslabones de la misma cadena. De esta doctrina debía deducir, como dice Condorcet, « una moral fundada en motivos capaces de mover las almas elevadas sin ofender la razón. » Vulgarizar á Newton, Locke, Bolingbroke, ó impeler el mundo hácia la nueva moral, tal fué la empresa que Voltaire se propuso llevar á cabo activa y sinceramente. Luego, cuando en su retiro de Cirey la señora de Chatelet se empeñó en que comprendiese á Leibnitz, era demasiado tarde; su entendimiento estaba ya lleno, y no cesaba de repetir: ¿*Qué sirve cuidarse de lo que pensó Leibnitz?*

Este contacto de Inglaterra y Francia fué semejante al choque eléctrico de dos nubes; la comunicacion se efectuó por medio de Bolingbroke, que había vivido diez años en Francia, y de Voltaire y Montesquieu, que casi al mismo tiempo pasaron dos años en Inglaterra. Montesquieu, encerrado en límites mas estrechos, no dedujo de la comparacion sino ideas de gobierno; Voltaire lo cotejó todo, se inspiró de todo, y basta la fecha de sus obras para convencerse de que su verdadera formacion, y estoy por decir su virilidad, corresponden á esta residencia en Inglaterra. Allí escribió las *Cartas filosóficas*, refundidas despues en su *Diccionario*, y donde se encuentra el gérmen determinado, casi invariable en lo sucesivo de cuanto pudo decir, así narrativo como dogmático, sobre ciencias y filosofía. En la misma época sus facultades morales y poéticas se exaltaban á la par con el vuelo de su inteligencia, y sintiéndose animado de una fe realmente elevada, compuso sus mejores dra-

(1) En su vejez mostró Voltaire conocer mejor el origen de esta filosofía, que había adoptado. En el art. POPE del *Diccionario filosófico*, reconoció indirectamente cuanto había tomado á Leibnitz: « El *Ensayo sobre el hombre* me parece el poema didáctico mas hermoso, mas útil y mas sublime que existe. » Es verdad que en el fondo sus ideas son las mismas que las de los *Característicos* de Shaftesbury, y no sé por qué Pope las atribuye solo á Bolingbroke, sin mentar para nada á aquel. Como la metafísica es común á todas las épocas y á todos los pueblos que cultivan su inteligencia, este sistema tiene muchos puntos de contacto con el de Leibnitz, etc. » Este sistema no era mas que una desfiguracion del leibnitziano; pero la fluidez de Voltaire en las elevadas cuestiones de filosofía se revela aquí á cada palabra.

(1) Los lectores no deben perder de vista la escuela de que emanan estos asertos. En cuanto á nosotros, nos limitamos á enviarles á nuestra NARRACION, para corregir los elogios y moderar la aprobacion que se da aquí á autores y sistemas reprobados.

(2) El *Ensayo sobre el hombre* no se escribió hasta 1731; pero Pope se limitó á poner en verso las ideas de Bolingbroke, de quien fué amigo Voltaire.